

El Coro de Pto. Montt en un viaje de ensueño por el mapa de Chile.

Ha transcurrido un año desde que cantando recorrimos las calles de Antofagasta durante cuarenta días, junto a más de sesenta coros con lo que estaban representadas casi todas las provincias de Chile y varios países americanos como: Argentina, Perú, EE. UU. (Pto. Rico), etc., en un mensaje de paz y amistad.

El calendario marca Septiembre de 1963. El tiempo ha volado, todo está listo, ha terminado ya el ajeteo que significaron la preparación y realización de beneficios para reunir fondos, los

ensayos extraordinarios y las presentaciones en diversos puntos de la provincia, ya no queda nada por hacer, el CATORCE DE SEPTIEMBRE fecha de la partida se ha hecho presente y nosotros nos aprontamos a comenzar el maravilloso viaje en BUS a través de 19 provincias chilenas en demanda de Antofagasta.

A las 15 horas comienza el bus de la Empresa Var-montt a desdoblar el mapa de Chile; en breves segundos la Ciudad que Pacheco Altamirano ha paseado por Europa se quedó atrás y desfilan ante nosotros reflejos en el lago los soberbios y arrogantes volcanes Calbuco y Osorno. De pronto apa-

recen del verde follaje: Llanquihue, Frutillar y otros centros poblados, y contemplan-dose en las inquietas aguas del Rahue surge Osorno. Orgullosa y bella. Más adelante, rodeada de remolacha y trigo se levantan Río Bueno y La Unión y al final de un accidentado camino está Valdivia, dinámica y resignada, sencilla y elegante sobre el Calle Calle, que en su desborde, más parece una escena arrancada al Lago de los Cisnes.

La noche ha puesto su telón oscuro y el camino es invadido por grandes sombras como fantasmas de un cuento, arrastran consigo reflejos luminosos, así corren empañadas por la intensa lluvia: Mariquina, Lanco, Luncoche, Gorbea, Pitrufrquén, Temuco, Lautaro y otras. Antes de amanecer también se suma al camino recorrido la ciudad de

Los Angeles y el domingo 15 de Septiembre nos espera en Chillán, con una radiante mañana de sol.

Continúa la carrera hacia Santiago y siguen en medio de viñas, ríos, puentes, pinos, sauces, loronas como eslabones de una cadena: Parral, Linares, Tal-

ca, Lircay, Curicó, Teno, San Fernando, Rengo, Rancagua, Graneros y San Francisco de Mostaza; luego de atravesar un túnel de 120 metros surgen entre limoneros y naranjos: Hospital, Paine, Linderos, Buin, San Bernardo y ya nos encontramos al pie de la cordillera que grandiosa e imponente es la celosa guardadora de Santiago, cuya banca ha ce armónico contraste con el humo negro de las industriales chimeneas y el verde de los campos.

Veintidós horas después de partida, nos vimos en sus largas calles, mezclados en ese ir y venir rápido que es la vida de la capital.

Después de un día de descanso y ya bien entrada la noche el lunes 16, dejamos el gran Santiago. Cuando el bullicio y los letreros luminosos de la urbe metropolitana son solo un recuerdo, pasan ante nosotros

tranquilas y laboriosas Llay Lay y Caera. Más tarde serpenteando por la escarpa da orilla, entre el valle y el mar, la carretera nos conduce a Los Vilos, que bañado por las olas, es un pequeño paraíso, donde el ensueño y la realidad se hermanan para deleitar el espíritu del viajero.

Las horas y el Bus siguen corriendo y de entre las sombras del amanecer del día 17 surge el Puerto de Coquimbo, silencioso, pero inquieto y cuajado de celoso paladín vigila a La Serena que soberbia y bella se levanta en medio de verdes campos oscurecidos por la noche, que aún no desea irse y el mar que la contempla desde cerca sin atreverse a mojarse los pies, ni a despertarla aunque el nuevo día ya aparece.

Poco a poco la pavimentada arteria nos introduce entre colinas de donde sur-

ge el Tofo, rico mineral de hierro. La marcha continúa en medio del inmenso arenal pintado de verdes y escasas matitas en un medio así, casi enterrada en la arena se concentra INCA HUASI aldea humilde y sencilla, pero valiente y patriótica cuyo único adorno es la bandera chilena, que flamea en el frontis de cada casita, como homenaje a las Fiestas Patrias.

Cuajada serpiente arrastrándose por entre rocosos maticos y arenosos cerros la carretera comienza a subir y en su arrastrado ascenso parece burlarse de los abismos y de nosotros, que no estamos acostumbrados a tanto calor y a tanta altura sobre el nivel del mar. La soledad del mundo paisaje hace pensar que la vida solo existe en los vehículos que encontramos pero la realidad es otra, porque se levantan del arenal como producto de la lámpara de meyo. Más adelante está Vallenar, tranquila, solitaria y optimista, cuyas notas de color las dan sus verdes valles y las sonoras aguas del Huasco.

El ascenso continúa y la escasa vegetación se va transformando en terreno árido rocoso, donde la piedra roja pasa a ser la soberana. Es esta la antesa de Copapó donde ya la noche comienza a poner sus notas mágicas.

Desde aquí abandonamos el desierto, para escuchar nuevamente la sinfonía que nos ofrece, la plateada cinta que baña nuestras costas: las primeras noticias sobre la proximidad del mar las dan las oscilantes luces de Caldera, que con mil ojos brillantes muestra su curiosidad al viajero. Y poco a poco ese mar que imaginamos cerca se aproxima y ahora sí, podemos verlo y oírlo: Bravío y temible, apacible y quieto ora estrellándose contra las rocas, otra besando la tímida arena y así en la oscuridad de la noche, aparecen como los molinos que imaginó el Quijote, los muelles y grúas de Chañaral, donde la noche con su varita mágica puso en ellos el velo de misterios.

La caprichosa carretera nuevamente nos aleja de la costa, el mar quedó lejos, pero música aún está con nosotros; ya es las doce de

la noche, el frío es intenso; comienza un año más del nacimiento de la Patria. Una emoción, el Bus ha de tenido la loca carrera; por primera vez desde la partida flota en el ambiente un silencio conmovedor indescriptible y sin más testigos que el desierto y el cielo, nuestros corazones vibraron al entonar la Canción Nacional, cuyos acordes irradiaba una emisora cercana de aquella zona, así los hijos de esta tierra del Sur rindieron un sencillo homenaje al sueño que les vio nacer; después del sonoro «VIVA CHILE» volvió a reinar el bullicio mezcla de cantos y alegres carcajadas que a veces sacaban de quicio a quienes querían dormir.

El bus reemprendió la tancia hacia Taltal, el que marcha para vencer la disdormía placidamente arrullado por las olas y el lejano son arrancado a alguna guitarra dieciochera en las ramadas.

Apenas dejamos Taltal aparece el blanco y helado fantasma del desierto cuya inmensidad es de una belleza infinita y despiadada, frente a la naturaleza pura, el corazón se encoge y agiganta y acuden a la mente el recuerdo de los audaces conquistadores y de los bizarros soldados chilenos de las campañas terrestres de la guerra del Pacífico. Pero nada detiene el avance del bus por la inmensidad blanca. De improviso piden los conductores que haya silencio, estamos al pie de la cuesta de Paposo,

todo se ha vuelto tenso frente al camino angosto de curvas y declive muy pronunciados, que serpentea entre una elevadísima muralla de roca viva y un abismo de profundidades incalculables. En el interior del bus ahora solo se oye el ronco rugir de motor, la respiración de los ocupantes y los escasos comentarios que hacen los choferes; por primera vez desde que comenzó el viaje cada uno de nosotros estuvo pendiente de la máquina y de los hombres que la manejaban, por que la más mínima falla humana o mecánica hubiera causado un desastre de elevadas proporciones. ¿Cuánto duró el angustioso ascenso? no sé, para mí fue una eternidad; algunos decían 20 minutos, otros 30 o mucho más.

Cuando habíamos gana-
do la cima nos sentimos ali-
viados y la alegría volvió a
rasearse por el interior del
bus.

Lentamente huye la no-
che, que como a la Cerve-
cienta le llegó su hora y la
aurora del día 18 presenta

el paisaje a todo color: be-
llo e imponente; real y soli-
tario, pero sabemos que la
meta está próxima: aunque
nada refleje que la vida exis-
te cerca, nosotros la intui-
mos y así de improviso apa-
rece el mar azul y con él la
Perla del Norte, ANTOFA-
GASTA: hermosa y acogedo-
ra, nada en ella es árido o
desierto; la naturaleza y la
cultura se han dado la ma-
no, para hacer de ella una
Diosa magnífica y allí en
el punto de a cita, en me-
dio de los más variados y
vistosos uniformes, se encon-
traron frente a frente el
huaso y el Pampino, que en
un estrecho abrazo, dobla-
ron el mapa de Chile para
unir Puerto Montt y Anto-
fagasta; nuestras pálidas
manos estrecharon a las os-
curas y fornidas de nues-
tros hermanos del Norte y
juntos vimos elevarse ha-
cia el cielo, la bandera de
la estrella solitaria, el 19 de
Septiembre día de la inau-
guración del PRIMER ESTA-
DIO DE COROS DE AME-
RICA y TERCERO DE CHI-
LE, en el moderno y aún no
terminado estadio.

ANA LIDIA BARRIA